

Eduardo Alonso representa, por otro lado, una de las corrientes típicas del 27 español: aquella que recoge del Cancionero popular unas formas sencillas y mínimas pero de gran riqueza lírica, para terminar creando un estilo poético nuevo, mezcla de canción popular y de «hai-kai» japonés: una poesía concisa, quintaesenciada, breve, pero de gran riqueza temática. Pocos versos, pero que expresan tanto como un gran poema extenso:

«Pude tu vida llorar
creyéndola sólo mía.
Corazón... podré contar
contigo para olvidar,
ya muerto, que te quería?...»

Breves e intensos poemas, que son como una especie de autobiografía sentimental, como un diario cotidiano e íntimo:

«Da la una,
cruzo la calle desierta,
y me ofrecen de una puerta
mujeres, gatos y luna.
Da la una,
con mi voluntad dormida,
voy camino de la huída,
sin saber de mí, qué hago.
Da la una. ¿Dónde yago
que no me cueste una herida?»

En estas reflexiones de noctámbulo ciudadano, perdido en la gran ciudad, a veces asoma, casi sin querer, su alma de campesino, que le hace ver las cosas de otra manera, de tener un pulso distinto al de aquellos que siempre han pisado sobre cemento y asfalto:

«Llueve
y la ciudad no lo sabe.
¡Qué distante la ciudad
del pulso mío esta tarde!
Yo tengo venas de aldea
y llueve sobre mi sangre.
¡Alma,
se están mojando tus calles...!»